L I T E R A T U R A

Llama de amor viva

(SEGUNDA PARTE)

XI

Y así el 14 de agosto de 1667, Juana de Asbaje entró en el convento de San José de Carmelitas Descalzas, antes de cumplir sus diez y seis años de edad. Entró de novicia en una de las órdenes más estrictas de la iglesia, en que la austeridad de la regla, la disciplina, sujetan a todo espíritu en un mandato de silencio.

Allí llegó la niña acompañada de sus buenos amigos el virrey Mancera y la Virreina, y cuando se despidió de Laura y se quedó sola en el frío locutorio del convento, su pobre corazón se encogió y tembló como una llama al viento. Y se acordó otra vez de la "amiga" de los lejanos días de Panoayan y aun de Nepantla: de su hermana mayor; de la dulce bondad de su madre; de la serena dulzura de su padre; y de los verdes campos de Amealtepec. Ahora abandonaba el mundo para siempre; ahora iba a vivir en una simple celda el resto de su vida. Un sollozo le fué subiendo por el pecho, por la garganta, hasta la boca, pero allí murió estrangulado. Juana Inés levantó su alma hasta su cielo y musitó:

—¡Oh, Virgen María, oh, Reina de los Angeles, ayuda a tu sierva en esta hora; conforta su espíritu; guíala por la senda que conduce a tu divina morada!

Una fuerza desconocida entró en ella; una corriente de alegría pasó por todo su cuerpo y se iluminaron sus ojos, y cuando la madre superiora la vino a recibir Juana Inés se acercó a ella, radiante y bella como una rosa mística.

Pero el estado de religiosa carmelita es duro. Juana Inés trató de guardar su puesto; pero la regla a que se sometió exigía esfuerzos superiores a su voluntad. Su espíritu la hacía resistir todos los sacrificios pero su cuerpo no tuvo la misma resistencia. Juana Inés enfermó gravemente, pero de sus labios nunca salió una protesta. La virreina, alarmada por su enfermedad, consiguió que el día diez y ocho de noviembre Juana saliera otra vez al mundo, que fué salvarle la vida.

Juana Inés fué a convalecer al palacio. Allí fué amorosamente cuidada por la virreina, y después de algunos meses volvió a sentir el deseo de vivir, que ella atribuyó al mucho amor que le tenía la Marquesa de Mancera. Cara a cara a la muerte, cuando ésta se preparaba con su mortal tijera a cortar el hilo de su existencia, Juana invoca el nombre de su amiga:

Mira que sola Laura manda aquí.
Ella corrida al punto se apartó
y dejóme vivir sólo por tí.

Debió pensar mucho esos días Juana Inés en su madre Teresa, la fundadora de esa orden de Carmelitas. Como ella, se sintió atraída a los libros por sobre todo otro interés; como ella, se sentía pecadora en sus grandes virtudes; y como ella, enfermó gravemente al entrar en la vida conventual. Como Teresa pudo escribir:

“En el año de noviciado pasé grandes desasosiegos con cosas que en sí tenían poco tomo, mas culpábanme sin tener culpa tantas veces. Yo lo llevaba con harta pena e imperfección, aunque con el gran contento que tenía de ser monja todo lo pasaba. Como me veían procurar soledad y me veían llorar por mis pecados pensaban era de contento y así lo decían.”

Cuando Juana se sintió completamente restablecida decidió alejarse definitivamente del mundo y despidiéndose otra vez de

sus amigos entró en el convento de las religiosas de San Jerónimo e hizo profesión con el nombre de Sor Juana Inés de la Cruz, el 24 de febrero de 1669.

* * *

Porque su confesor, el padre Antonio Núñez de Miranda, no había cesado de instarla, en los meses que Juana estuvo convaleciendo, para que volviera a la vida conventual. Apenas había dado la doncella los primeros pasos por los jardines del palacio cuando ya el buen padre le había dicho:

—Acuérdate, Juana, de tu madre Teresa. Tan enferma estuvo en sus primeros días de novicia que tuvieron que llevarla a casa de su hermana. A menudo perdía el conocimiento y en una ocasión estuvo tan mal que todos la dieron por difunta. Sin embargo, como todavía podía mover un dedo de la mano derecha, no la enterraron. Pero Dios se acordó de ella en esa hora porque la tenía predestinada para cosas sublimes.

—Razón de sobra tiene usted, padre, para aconsejarme —había dicho Juana Inés. —Pero yo no creo poder servir bien al Señor con un cuerpo débil y una mente nublada. Yo quiero dar a su Majestad lo mejor que hay en mí, y no es justo ofrecerle un fruto dañado. Yo volveré al monasterio cuando esté segura de permanecer en él hasta la hora de mi muerte.

Cuando Juana se sintió fuerte otra vez y comunicó al padre Núñez de Miranda su deseo de volver a encerrarse, éste dió gracias a Dios por haber iluminado a su hija espiritual. Y el día en que Juana hizo su profesión solemne, se hicieron grandes fiestas, sufragadas por el padre Núñez. “Este se mostró tan alegre y satisfecho ese día que él mismo preparó desde la víspera las luminarias e invitó a lo más granado de los cabildos eclesiástico y secular, a las sagradas religiones, y a la nobleza de México.”

El padre Calleja describe así la entrada de Juana en este monasterio: “El convento de San Jerónimo fué el mar pacífico, en que para ser peregrina, se encerró a crecer esta perla.”

El convento de San Jerónimo estaba situado al sur de la ciudad de México y era un asilo de paz en la bucólica calma de su ambiente. La llegada de Juana Inés fué un grato aconteci-

miento en la sencilla existencia de las monjas. Juana era ya la poetisa celebrada en todas partes, la Décima Musa, la mujer más culta de su patria. Y ahora llegaba a ese retiro precedida de su gloria y guiada por la suave autoridad de los virreyes. Juana iba además generosamente dotada por don Pedro Velázquez de la Cadena, hombre de sólida fortuna y de clara familia; entraba de la mano del venerable Núñez de Miranda.

Hubo luminarias y arcos en esa solemnidad; se alegraron las monjas; se escribieron poemas alusivos al acto; se volvieron a llenar de lágrimas los ojos de "Laura"; se enorgulleció el padre confesor por su triunfo. Juana Inés ya no era la vacilante joven-cita de San José. Su enfermedad había sido una revelación y ahora iba serena y firme hacia su destino. Ni siquiera volvió los ojos hacia su pasado esta vez; ensueño místico la arrastraba. Había sido la elegida del Señor.

XII

La Priora Sor María de San Miguel llevó a Sor Juana Inés de la Cruz por todo el convento. La santa casa era grande y hermosa; había capillas en su interior y los claustros y patios estaban rodeados de altos muros. Pero la celda de Sor Juana estaba situada arriba de un jardín, en el piso más alto del convento. Desde ella podían verse unas pobres callejuelas, los suburbios de México, los árboles del bosque de Chapultepec, y en la lejanía, las montañas dormidas del Valle.

Don Ezequiel Chávez divaga así acerca de la vida de la monja en su celda: "Por dos siglos miraron las hermanas, desde los patios, allá arriba, la celda de Juana Inés, con su alta ventana abierta al Sur, que le vertía temprano a cada aurora las luces del sol naciente, y le entregaba cada tarde las del sol muriente, y por la que ella miraba en las noches claras del invierno, los cuatro clavos brillantes de la gran Cruz del Sur, rutilando en la sombra. Pasado el umbral de la celda ¡cuántas veces se imaginaron ver la esbelta figura de ensueño, pensativa y blanca!"

Sor Juana se sentía feliz en ese ambiente. Desde los primeros días empezó a llenar su celda de libros y de toda clase de ins-

trumentos de matemáticas y astronomía. La altura de su celda —o la proximidad del mundo sideral— requería este observatorio. Su biblioteca llegó a tener más de cuatro mil volúmenes.

Pensaba Sor Juana al pasear por los largos claustros del convento en qué podía servir mejor a sus hermanas. Los muchos regalos que la enviaban eran propiedad comunal del monasterio. Solamente guardaba los libros, y ella sabía por qué. A menudo se iba con la hermana refitolera a la cocina y ella misma dirigía los guisos del día, hallando en ello gran contento; cuando alguna monja caía enferma ahí estaba Sor Juana inquieta y desvelada, al lado de la cabecera de la paciente.

¿De qué me sirven —pensaba— los libros y los instrumentos si no puedo remediar un dolor de muelas a mis hermanas? Por lo demás, ellas no se interesan en las ciencias y menester es atender a las exigencias de su espíritu.

Por eso se dedicó con empeño al estudio de la música y pudo tocar el arpa con facilidad y buen gusto. La música de coros era una de las formas en que las monjas de San Jerónimo expresaban su sentido de lo sublime, pero a las novicias era difícil enseñarles tal arte musical, y se hacía por métodos antiguos. Sor Juana no sólo quería aprender para sí sino para compartir su saber con las demás. Después de muchos días de trabajo Sor Juana escribió un nuevo método muy elemental para el estudio de la música. Sus amigos decían que con sólo este libro ella podría haber alcanzado fama universal.

De modo que Sor Juana, que había entrado en el convento para vivir sola, para no tener ocupación obligatoria que embarazase la libertad de su estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de sus libros, buscaba solaz y entretenimiento en la compañía de sus hermanas. Verdad es que a veces protesta contra los estorbos naturales en una institución en que hay tantas mujeres. En cierta visita que le hizo la Marquesa de Mancera, para imponerse de su vida, preguntó:

—¿Sois feliz, Madre, en el convento?

—En mis religiosas obligaciones, sí, señora. Pero hay cosas pequeñas que me molestan como estar yo leyendo y antojárseles en la celda vecina tocar y cantar.

—Pero seguramente, querida Madre, las monjas no son el peor estorbo en el convento.

—Tenéis razón, amiga. Las monjas son muy comprensivas. Hay otras gentes menos finas. A veces estoy estudiando y se presentan dos criadas después de una disputa para que yo sea su juez; otras, estoy escribiendo y viene una amiga a visitarme haciéndome perder un tiempo precioso.

—¿Los trabajos religiosos dejan a vuestra merced mucho tiempo para el estudio?

—Muy poco, amiga Laura. Los ratos que destino al estudio son los que sobran de lo regular de la comunidad y esos mismos los sobran a las otras para venirme a estorbar.

Alarmóse un tanto Laura de la pasión que ponía en sus palabras Sor Juana Inés, su íntima amiga, y temió por su bienestar. Por eso volvió a preguntar:

—¿Vuestra felicidad no es completa, Madre?

—¡Oh, no! Señora mía. La fuerza de mi vocación hace que mi natural esté gustoso y el mucho amor que hay entre mis amadas hermanas y yo.

—¿Recordáis, Madre, que cuando niña os absteníais de comer golosinas y os cortabais el cabello en lo que llamabais castigo por ignorancia? ¿Supongo que ahora no recurriréis a tan extremados medios?

—¡Esas eran exageraciones de mi niñez, amada Protectora! Pero todavía mi deseo de saber lo vence todo. Mucho gusto de la conversación de las religiosas y ellas de la mía y muchas horas hemos pasado en útiles pláticas, pero como he reparado que en este tiempo hacía falta a mi estudio he hecho voto de no entrar en celda alguna.

Se convenció la Marquesa de que en el alma de Sor Juana Inés todavía ardían los antiguos fuegos y se sonrió feliz de que su amiga mantuviera su natural tan humano en medio de la pasiva y en cierto modo indiferente vida conventual. Cuando esa misma noche la Marquesa de Mancera comentaba su visita con el virrey, éste declaró:

—Sor Juana Inés tiene una firme vocación y es una monja ejemplar, pero su espíritu de selección no se amoldará jamás a la rutina del monasterio. Temo que el destino le depare días

amargos y que la ignorancia y la superstición se ensañen en ella. Su alma ardiente, su curiosidad indomable la hacen ser una de las mujeres más admirables de nuestro siglo.

La virreina se sintió feliz al oír las palabras de su esposo y se durmió pensando en esa dulce niña que se le había metido tan adentro en el corazón.

XIII

En su celda, la madre Juana Inés leía sus libros, ensayaba sus conocimientos musicales y observaba los cielos. Vivía la poesía de los versos y de las estrellas; dialogaba con sabios y poetas de Europa; buscaba a Dios en la oración y más allá de los astros. De ahí pasaba al locutorio donde recibía a sus amigos, el padre Castorena y Ursúa, el Marqués de Mancera, doña Leonor de Carreto, su primo don Juan de Guevara, fray Payo Enriquez de Rivera, el doctor don Carlos de Sigüenza y Góngora, y muchas otras personas notables por su nacimiento y su cultura.

Don Carlos admiraba el interés que Sor Juana tenía por las ciencias y muchas veces acudía a San Jerónimo a discutir con la monja algún serio problema de astronomía. Después de animada conversación Sor Juana leía algún romance y Sigüenza, excusándose, decía alguna de sus barrocas composiciones. Porque ambos eran muy dados a charlas abstrusas y profundas, y ambos gustaban del dulce ritmo de las frases poéticas.

Como Sor Juana sabía mucho de números, en varias ocasiones fué llamada a ser contadora del convento, de lo cual ella no se placía. Pero cuando quisieron nombrarla Abadesa no quiso consentirlo, pues no deseaba mandar y temía perder su tiempo en actividades de poca trascendencia.

Lo más granado de la sociedad mexicana iba a visitar a la famosa monja, a deleitarse con su charla, a oír algunas de sus loas y letrillas. Pero todavía andaba tras de ella la envidia y algunas personas solicitaban que se le prohibiera el estudio. Ya hemos visto que una prelada le ordenó que no usara más sus libros y ella obedeció pero aun sin ellos seguía estudiando en el gran libro de la naturaleza en todas las cosas que Dios crió. Así

lo decía ella misma al padre Castorena, cuando éste la interrogó acerca de este asunto:

—¿Mucha falta os hacen los libros, Madre?

—Así es, Venerable Padre. Pero si la madre Abadesa cree que los libros son cosa de Inquisición, sus razones tendrá. Yo, sin embargo, estudio en este libro de la máquina universal, que es gran maravilla.

—No os comprendo bien.

—Pues es así, Padre. Yo saco enseñanza de las cosas más menudas y materiales, porque como no hay criatura, por baja que sea, en que no se conozca el "me fecit Deus", no hay cosa alguna que no pame el entendimiento. Del mismo modo, de las personas con quienes hablo derivo saludable lección, pues todas las series son distintas y variadas. Yo trato de saber el porqué y quiero adivinarlo a través de sus facciones, movimiento y apariencia.

—¿Podríais explicarme más en concreto lo que decís, Madre Juana Inés?

—Trataré de hacerlo aunque no quiero que veais en ello ningún prodigio. A veces me paseaba en el frente de nuestro dormitorio y observaba que siendo las líneas de sus dos lados paralelas y su techo a nivel, la vista fingía que sus líneas se inclinaban una a otra, y que el techo estaba más bajo en lo distante que en lo próximo. De esto yo deducía que las líneas visuales corren rectas pero no paralelas sino que van a formar una figura piramidal.

—¿Y sacáis algo de provecho con vuestras observaciones?

—Saco, en este caso lo siguiente: ¿sería ésta la razón que obligó a los antiguos a dudar si el mundo era esférico o no? Porque aunque lo parece podría ser sólo engaño de la vista.

—Me dejáis maravillado, Madre, con vuestras deducciones. Por favor, dadme otro ejemplo.

—Cierta vez estaban dos niñas jugando con un trompo. Apenas vi yo el movimiento y la figura empecé a considerar el fácil motu de la forma esférica, y cómo duraba el impulso ya impreso e independiente de su causa, pues distante la mano de la niña, bailaba el trompillo. No contenta con esto hice traer harina y cernerla, para que en bailando el trompo encima se conociese si

eran círculos perfectos o no los que describía con sus movimientos. Hallé que no eran sino unas líneas espirales que iban perdiendo lo circular a medida que se debilitaba el impulso.

—Mucho habríamos aprendido todos, Madre, si tuviéramos ese don de observación que poseéis.

—Aún en las cosas que parecen más triviales se puede ganar conocimiento, venerable Padre. En la cocina he descubierto secretos naturales. He visto, por ejemplo, que un huevo se une y frié en la manteca o aceite, y por el contrario se despedaza en el almíbar. He visto también que para que el azúcar se conserve fluído basta echarle una mínima parte de agua en que haya estado alguna fruta agria. He visto que la yema y la clara de un mismo huevo son tan contrarias que en ciertos dulces que se hacen con azúcar sirve cada una de por sí pero las dos juntas, no.

Como Sor Juana Inés viera que el buen Padre Castorena apenas podía contener la risa, exclamó:

—No debo cansaros, Padre, con tales nimiedades. Pero ¿qué podemos saber las mujeres sino filosofías de cocina?

—Creo que no está reñida una cosa con la otra, Madre.

—Decís bien. Por eso ese poeta Lupercio Leonardo pudo escribir. "Bien se puede filosofar y aderezar la cena." Y yo agrego esto: "Si Aristóteles hubiera guisado, mucho más hubiera escrito."

XIV

Otro día volvió el Padre Castorena a insistir en su tema y preguntó a Sor Juana:

—Pero los libros, Madre, os harán ver más claros los secretos del mundo creado por Dios.

—Muy útiles son, pero por ser obra de hombres, no estrictamente indispensables. Os diré, Padre, que en cierta ocasión, por una grave dolencia de estómago, los médicos me prohibieron el estudio. Yo dejé los libros, pero mis pensamientos eran tantos y mi fantasía tan audaz que en pocos minutos me debilitaban más que los libros en horas enteras. Hasta en el sueño mi imaginativa estaba en movimiento constante.

—Pero eso sería sueño, Madre, y no experiencias objetivas.

—Al contrario, Maestro mío. La fantasía anda en el sueño más libre y desembarazada. En el día se tiene la experiencia y en la noche, en el sueño, se ve todo con más claridad y sosiego.

—¿Y qué habéis logrado en sueños, Madre?

—Dormida mejor que despierta he alcanzado muchas razones y argumentos muy delicados. He hecho también una cantidad muy notable de poesías.

—Extraño es todo esto, Madre Juana Inés, y mi flaco entendimiento quisiera penetrar vuestros secretos modos.

—No quiero cansaros ya, Padre. Vuestra penetración puede adivinar el estado de mis estudios y de mi pensar. No doy gran valor a esto que celebran los hombres, pues yo obro así por necesidad, por obligación casi. Por la misma razón, por obrar naturalmente, no se me puede culpar si alguien lo considerase pecado.

—Mucho se os critica, Madre, el cultivo de las letras humanas, acaso por ser mujer.

—¡Curiosa culpa, Padre! ¿Por qué no consideran los que así me critican que la reina de Saba, siendo mujer, obtuvo gran sabiduría: que a Minerva la adoraban como Diosa de la ciencia; que Aspasia Milesia fué maestra del filósofo Pericles; que Catarina de Egipto fué la mujer más docta de su patria? ¿Y qué decir de nuestra propia madre Paula, sabia en lenguas hebrea, griega y latina? Ahora mismo ¿no está deslumbrando al mundo Cristina Alejandra, reina de Suecia? ¡Que no se me critique, pues, por ser mujer!

—¿Opináis, Madre, que debe permitirse a las mujeres la interpretación de las Sagradas Letras?

—A las que haya dotado Dios de especial virtud y prudencia, de erudición y talento, sí. No a las otras, como tampoco a los hombres —que con sólo serlo piensan que son sabios— no capacitados para ello.

—¿A qué hombres os referís, Madre Juana Inés?

—Refiérome, Padre, a los que estudian para ignorar, a los arrogantes y soberbios y amigos de novedades: los que por decir lo que nadie ha dicho dicen una herejía. A estos más daño les

hace el saber que el ignorar. Bien dijo un sabio, Padre, que no es necio entero el que no sabe latín sino el que lo sabe, pues éste es necio absoluto.

—Me dejáis un poco confuso con vuestras agudezas, Madre.

—El argumento es muy claro: Con estudiar un poco de filosofía y teología la necedad se perfecciona, como también con saber un poco de varias lenguas, porque así se es necio en muchas ciencias y lenguas, porque un necio grande no cabe en sólo la lengua materna.

XV

Sor Juana Inés se levantaba cuando los primeros rayos del sol empezaban a enredar sus hilos en las copas de los árboles y despertaba el oriol en el amplio valle. Leía sus libros sagrados, hacía el aseo de su celda y bajaba esbelta y ágil a oír su primera misa. Daba después lección de música a algunas hermanas; se metía a dar algún consejo en la cocina, paseaba por los claustros y se iba alegremente a endulzar con su voz el canto del coro; recibía la visita de sus amigos y admiradores; cenaba con frugalidad; charlaba unos minutos en el patio con las otras monjas y se volvía a su celda. Allí la esperaba su mundo misterioso y secreto; su profundo diálogo con las estrellas vivas; su adentrarse en su propia alma. Horas de intensa poesía y recogimiento que hacía exclamar a alguna monja curiosa: "Todavía brilla la luz en la celda de nuestra madre Juana Inés."

Pasaban los días, los meses y los años: 1669, 1670, 1671. Se comentaban muchos sucesos en el convento: que doña Beatriz de Miranda había gastado doscientos cincuenta mil pesos en la iglesia de Balvanera; que el protector de la iglesia de Regina, el capitán Melchor de Terrera había muerto; que el pirata e infiel Morgan había atacado las costas de México; que se habían levantado los indios en el norte del país.

El año de 1672 llegaron las noticias de que don Carlos de Sigüenza y Góngora había obtenido la cátedra de astrología y matemáticas en la Real y Pontificia Universidad de México, para gran satisfacción de Sor Juana, pero también llegaron otras menos agradables: su amigo de tantos años, el Virrey de Mancera deja-

ba su gobierno y se preparaba a volver a España. Esto afligió mucho a la Madre Juana y quiso ver inmediatamente a su "Laura". La visitó a menudo la virreina durante varios meses pero en abril del año siguiente se despidió definitivamente de su compañera. Las dos buenas amigas se abrazaron derramando abundantes lágrimas; prometieron escribirse a menudo y rogaron a Dios que algún día les permitiera volverse a encontrar.

Partieron por fin los esposos, pero el destino se había vuelto contra ellos pues, cerca de Puebla, doña Leonor enfermó de repente y murió. El golpe que recibió Sor Juana al saber las tristes nuevas fué terrible; se encerró por varias semanas en su celda y no quería hablar con nadie. ¡Inútiles eran los esfuerzos de las monjas por consolarla! Finalmente, la meditación y la plegaria la calmaron y pudo reanudar su vida conventual. Con la muerte de doña Leonor moría la adolescencia de la Madre; moría aquella Juana Inés de los días alegres de palacio. La monja expresó su dolor y su resignación en este soneto:

Bello compuesto en Laura dividido,
alma inmortal, espíritu glorioso,
¿por qué dejaste cuerpo tan hermoso?
¿y para qué tal alma has despedido?
Pero ya ha penetrado en mi sentido
que sufres el divorcio riguroso
porque el día final puedas gozoso
volver a ser enteramente unido.
Alza tú, alma dichosa, el presto vuelo,
y de tu hermosa cárcel desatada,
dejando vuelto su arrebol en hielo,
sube a ser de luceros coronada:
que bien es necesario todo el cielo
porque no echés de menos tu morada.

XVI

Y los años seguían corriendo. En 1673 el Duque de Veragua es exaltado al virreinato, gobierna cinco días y muere; la madre Juana Inés escribió unos sonetos lamentando su fallecimiento. El mismo año subió al poder el Obispo de México don Payo Enríquez de Rivera, persona de grandes dotes y muy amigo de Sor Juana.

En los años siguientes don Carlos de Sigüenza y Góngora visitaba frecuentemente a Sor Juana, le daba noticias de la vida del mundo y la consultaba acerca de sus poemas. Sigüenza se había dado a conocer por sus versos alambicados y barrocos, con su *Primavera indiana*. Frecuentaba su trato también el virrey Enríquez de la Ribera, a quien la monja llamaba cariñosamente "don Payo" y a quien dedicó un cumplido soneto.

Sor Juana escribe muchos poemas de ocasión, para agasajar a algún amigo en sus años; para celebrar la llegada de algún Virrey, o el nacimiento de algún noble o para lamentar la muerte de un monarca. Escribe también algunos de sus más hermosos villancicos como aquellos que se cantaron en 1677 en honor de San Pedro Nolasco y los de 1679, cantados en la catedral en la fiesta de la Asunción de la Virgen María.

Va pasando así serenamente la juventud de la hermosa monja. Ha profundizado en sus estudios de física, geometría, arquitectura y astronomía para llegar a la conclusión de que el conocimiento total no es más que la posesión de la unidad de las artes y las ciencias; una perfecta síntesis del mundo creado por Dios.

Yo llamo —decía— a unas cosas estudio y a otras diversión; en unas descanso de las otras. Mientras se mueve la pluma descansa el compás; mientras se toca el harpa sosiega el órgano. Mucho me ha servido estudiar diversas cosas pues éstas se ayudan. De manera que lo que no comprendía en un autor lo captaba en otro, y siempre estaba iniciando nuevas lecturas e indagaciones eruditas en su sed insaciable de saber. Se distraía así de sus propios trabajos y de sus tristezas... y los años seguían corriendo.

* * *

En 1680 su amigo don Payo, el gentil gobernante, se alejó de su puesto y la llegada del nuevo virrey y de su esposa fué para la vida de Sor Juana Inés augurio de nuevas alegrías y triunfos. El Marqués de Laguna y la Condesa de Paredes llegaron a México anunciados por la primavera. Eran ambos de la mejor nobleza y de afinada cultura, y pronto la Condesa reemplazó en el afecto de Sor Juana a su difunta "Laura." La Condesa de Pare-

des poseía además de su finura intelectual una rara belleza. "Lysi", que fué el nombre poético que Sor Juana dió a su nueva amiga, se desvivía por los versos de la monja y desde el primer día de su amistad le pidió sus manuscritos y ella misma preparó la primera edición de estas poesías.

Pocas amistades más finas y más profundas que la de estos dos nobles mujeres. La virreina veía en Sor Juana Inés un dechado de perfección espiritual y se asomaba a su espíritu como a una cima; para Sor Juana la virreina era fuente de distinción y aristocracia, la más pura flor de la cultura social de Europa. La monja necesitaba remozar de vez en cuando esas adquisiciones inmediatas que se reflejan en una frase, en un movimiento, en un gesto; la virreina necesitaba conocer un alma conquistada por el deseo de saber, un alma inquieta y profunda. La poesía que para la monja era una cosa natural y fácil era para la gran señora un don del cielo destinado sólo a los selectos, a los favoritos de Dios. Si la poetisa dedicaba sus mejores versos a la virreina ésta le correspondía enviándolos a España para que allí fueran editados y para labrar así en granito el nombre de su amiga.

"Julia" se firmaba Sor Juana en el culto poético que rendía a "Lysi", la virreina. Y le hacía versos por razones mínimas, al enviarle una rosa, un retablito de marfil, en el día de su cumpleaños, en ocasión de un paseo campestre o de un sarao; al recibir una visita de ella, al ausentarse el virrey de la ciudad, al mandarle de regalo unas castañas. Sor Juana está pendiente de su amiga: ¿Sufre ésta? Pues ahí un soneto consolándola. ¿Está feliz? Pues ahí un romance de suaves elogios. A cada hora quiere saber de ella, quiere mirarle los ojos para sentirle el alma. Y cuando nace el primogénito de los virreyes la monja se exalta y en el fuego de su ternura no se sabe si es la admiradora o la madre misma del niño a quien, antes de nacer, ella había dado ya vida en sus conceptos y fantasías.

La joven religiosa se dió entera a este afecto. ¿Cómo dejar de adorarte, si eres tan bella? —exclama, contemplando a Lysi. Al virrey lo declara síntesis de perfecciones conyugales. Y al infante, prodigio de la tierra mexicana. El alma de la monja, ávida de ternura, se vacía en fértil tierra. La virreina tampoco puede estar tranquila sino ante las miradas dulces de su "Julia", y co-

tidianamente va a a San Jerónimo a charlar un ratito, a ver los ojos de Sor Juana, a llevarle un regalo.

¿Dónde estaba la madre de la joven en este tiempo? ¿Por qué no la visitaba en el convento? Vivía ahí, en la misma ciudad, envuelta de silencio. ¿Y su padre, habría muerto ya? Así lo había declarado Juana Inés años antes, pero es probable que se refiriera a la muerte del amor paternal por misteriosas causas. Y aquella hermana mayor, Josefa María, que la acompañaba en Amecameca ¿en qué lugar del mundo estaba? Sabemos que en 1664 se extendió un acta de casamiento en esta forma: "En primero de Junio de mil seiscientos y sesenta y cuatro, se casaron en el pueblo de Amecameca, y habiendo hecho las diligencias según el orden de Nuestra Santa Madre Iglesia, José Sánchez de Paredes y Josefa Ramírez". ¿Por qué se habían alejado tanto de Sor Juana? ¿La abandonaron cuando decidió hacerse monja o cuando pasó por los salones de Palacio? El hecho es que la monja nunca más volvió a hablar de su familia y se refugió toda entera en el afecto de sus hermanas religiosas y en el amor de la condesa de Paredes.

XVII

En el mes de noviembre del año 1680 apareció un luminoso cometa en el cielo de México. Se aprovecharon los supersticiosos del natural fenómeno para presagiar calamidades y tragedias. El cometa aparecía todas las noches, en medio del terror de la población. Unos ofrecían plegarias a la Virgen; otros hacían mandas a los santos; las iglesias se llenaban de feligreses; muchas gentes no dormían de miedo y otras abandonaban la ciudad.

Don Carlos de Sigüenza y Góngora no podía dejar pasar este acontecimiento sin demostrar su erudición y su ciencia y escribió su famoso ensayo: "Manifiesto filosófico contra los cometas despojados del imperio que tenían sobre los tímidos." El sabio mexicano explicó en este trabajo el origen de los cometas y los efectos que pueden causar en la tierra. Trataba de poner fin a la superstición, de hacer ver a la gente las causas naturales de tales fenómenos y cómo no constituían ningún designio divino. Pero su explicación venía a destruir una creencia popular de

muchos siglos: la ingerencia de los astros y cuerpos celestes en el destino de los hombres; venía a destruir la tradición y el mito y eso no se podía tolerar.

Un día se comentaba en el locutorio de San Jerónimo la teoría de don Carlos: El corpulento doctor don José Escobar Salmerón, decía, cruzando las manos sobre el vientre:

—Se equivoca mi ilustre amigo el cosmógrafo Real. Al escribir que el cometa es un astro errante que se mueve alrededor del sol arrastrando su larga cola luminosa. Para mí este cometa está formado por las exhalaciones de los cuerpos muertos y del sudor humano.

—Parece increíble —observó la madre Juana Inés, sonriente—, que un cuerpo tan luminoso y tan bello pueda tener tan bajo origen.

—Para mí —terció don Martín de la Torre— los cometas son anuncios de castigos divinos, de pestes y miserias, tempestades y sufrimientos entre los hombres.

—No conocéis, doctos amigos, —dijo don Carlos de Síguenza, asegurándose a la nariz los quevedos— no conocéis el movimiento doble de los planetas sobre sí mismos y alrededor del sol; no conocéis las leyes cartesianas, ni el movimiento de los cometas. Mucho tenéis que olvidar amigos y mucho que aprender antes de rebatir mis teorías.

—Vuesa merced se coloca en una posición herético científica, al interpretar a autores prohibidos como Descartes y Copérnico. ¿Quién se atrevería a negar que en una aparición tan rara está patente la mano de Dios?

En este punto entró en la conversación el padre Eusebio Kino, quien hasta ese momento había mantenídose en silencio, diciendo:

—Antes de afirmar lo que dice nuestro docto don Carlos, menester sería definir la composición del cometa, medir su tamaño, la velocidad de su carrera. Sólo así se puede llegar a la conclusión científica de que los cometas casi siempre vienen como anuncios de sucesos extraordinarios y a menudo desventurados.

—Vulgar error es ese en que cae Vuesamerced— exclamó don Carlos, sin poderse contener, e inclinándose gravemente ante la madre Juana, salió del locutorio.

El padre Kino volvió a tomar la palabra y discurrió en forma científica y armónica acerca del cometa. Y de otros que él había observado, correlacionando sus impresiones de éstos con acontecimientos históricos, y por fin con el destierro de los hombres. Sus observaciones estaban tan bien cimentadas en la experiencia y la razón, seguían un desarrollo tan claro de causa a efecto que la monja, exclamó, ya terminado el discurso:

—Claras son la luz del cielo, la luna, las estrellas; claro es el rayo y claro el relámpago; pero al conocimiento humano todo se estuvo oscuro hasta que tu talento, oh Soberano Eusebio, vino a dar luz a las luces celestiales.

Se despidieron los amigos de la monja y ella se quedó pensando que a la fría y exacta enumeración de verdades científicas de don Carlos prefería la armónica visión, la rítmica estructura de las razones de don Eusebio Kino.

XVIII

Alegrías y penas se siguen en la vida de Sor Juana Inés. La tranquilidad de su celda la distrae. Envía composiciones líricas a unos cuantos certámenes y recibe recompensas y premios; el nacimiento de José María Francisco Paredes le causa hondos momentos de satisfacción; las noticias de la muerte de fray Payo, en Madrid, la entristecen por largos meses. El tiempo corre presuroso y la monja se mueve en una atmósfera de angustia frente al tiempo. Ya Sor Juana ve ceños adustos, en vez de sonrisas halagadoras. Francisco de Aguiar y Seijas, el nuevo Arzobispo de México, entristece la vida de la monja con su excesiva rigidez. Aguiar es un hombre generoso, que socorre a los pobres hasta llegar a endeudarse, pero al mismo tiempo es enemigo de fiestas, de saraos; detesta las comedias por creerlas obras de perdición. Como Aguiar es Regente del Convento de San Jerónimo debe de haber estado a menudo en comunicación con la Madre pero es raro y sugerente que ésta no lo mencione. Con su conciencia puritana Aguiar no debe de haber sentido gran entusiasmo por los éxitos mundanos de Juana Inés y aunque no hay razones para creer que la haya criticado tampoco las hay para creer que jamás

alentó a la monja con un consejo ni menos con un aplauso. Y para ella, acostumbrada a los elogios, debió ser dura la actitud indiferente del arzobispo.

Empiezan a aparecer las primeras nubes en el luminoso cielo de Sor Juana. En 1686 abandona el gobierno el Conde de Paredes y es substituído por el Conde de Moncloa. Con el advenimiento del nuevo virrey Sor Juana se siente alejada del Palacio y se llama a silencio. En sus dos años de gobierno el Conde de Moncloa tiene que enfrentarse a serios problemas tales como ataques de piratas, nuevos levantamientos intestinos, de modo que no tuvo tiempo para certámenes ni charlas de locutorio. Algún auto de fe distraía de vez en cuando los trabajos del virrey y se sabe que por esos días fueron ejecutados doce criminales en una sangrienta escena en la plaza de Santo Domingo, a la cual asistieron los virreyes.

Sor Juana debe de haber sufrido mucho ante estos espectáculos, ella tan caritativa que años antes había pedido el indulto del famoso bandido Benavides. Razón mayor para buscar alivio en el mundo puramente espiritual aun a riesgo de parecer indiferente a los nuevos dignatarios.

Al Conde de la Moncloa siguió en el gobierno del virreinato el Conde de Galve, que fué muy amigo y admirador de don Carlos de Sigüenza y Góngora. Los nuevos virreyes, el conde de Galve y su esposa, doña Elvira de Toledo, entraron en la capital de la Nueva España el cuatro de diciembre de 1688, en medio de fiestas, arcos, procesiones, y tumulto popular. Pocos días después, para celebrar los años del virrey, se volvieron a hacer nuevas ceremonias para las cuales Sor Juana preparó una comedia intitulada: *Amor es más Laberinto*. El hecho de que la monja no ofreciera poesías líricas a los nuevos virreyes y sus señoras como lo había hecho con los anteriores indica que se trataba ahora de un deber oficial y no de una espontánea manifestación de simpatía. Por otro lado, la comedia no es enteramente de Sor Juana sino que en ella colaboró su primo don Juan de Guevara.

El Conde de Galve y su esposa sentían por Sor Juana un gran respeto pero la señora virreina parece que no tenía la sensibilidad estética de "Laura" ni de "Lysi", y nunca llegó a ser

íntima amiga de la monja. Hay en sus relaciones una fría deferencia que contrasta con los arrebatos de alegría, los locos entusiasmos que caracterizaron su amistad con las virreinas anteriores.

Este año de 1688 volvieron a España el Conde de Paredes y "Lysi", que se habían quedado dos años más en México. Sor Juana tuvo que pasar por esa nueva tristeza de decir adiós, y para siempre, a su amiga del alma. Ya no era la niña sentimental que años antes había llorado a la partida de "Laura"; ahora estaba más serena, pero en el fondo de su corazón se enroscaba una angustia más grande. Con la partida de "Lysi" conocía Sor Juana una nueva soledad; de sus amigos morían unos y se alejaban otros. Y ella iba conociendo a personas nuevas, es decir, ella misma iba muriendo y renaciendo siempre entre los demás, mas siempre con un fondo mayor de melancolía en su existencia, con un nuevo deseo de ausentarse del mundo real para internarse en el suyo propio y en el mundo infinito de su Dios.

La madre de Juana Inés murió ese año de 1688. Murió en su casa, en la calle de Monte Alegre, en la ciudad de México. Y su testamento dejó a la posteridad una confesión de melancólica belleza, pues se declara "mujer de estado soltera" y madre de sus "hijos naturales doña Josefa María, doña María de Asbaje, y la Madre Juana de la Cruz, religiosa del Convento del Señor San Jerónimo de la Ciudad de México".

Ahora se puede comprender el largo silencio de la monja con respecto a sus padres. El cristal de su sensibilidad estaba empañado. Ahora se puede apreciar mejor ese despego que sentía hacia el matrimonio; el desdén por los hombres necios y por el mundo de falsas apariencias. A su altura espiritual todavía llegaban olas turbias de arena; a su blanca torre mística el viento que venía de lodazales y ciudades. Por eso se ve sangrar su alma cuando escribe:

El no ser de padre honrado
fuera defecto, a mi ver,
si, como recibí el ser
de él, se lo hubiera yo dado.

(TERCERA PARTE)

XIX

¿Por qué me causa dolor esta relativa indiferencia del Conde de Galve y señora la virreína? se preguntaba la monja frente al espejo de su vida. ¿Era vanagloria entonces ese placer que sentía con las visitas del de Paredes y de mi adorada Lysi? ¿Por qué me siento tan cercana al virrey Mancera, a quien el Señor se ha dignado llamarle a su seno hace sólo tres meses? ¡Ah, mundo engañoso, que por todas partes nos tiendes tu celada! Indigna me siento ante mi Dios, por mi vanidad y mi soberbia. Hace poco me sentí herida porque en un certamen se me adjudicó un tercer premio y aunque mis hermanas se alborozaron con la copa de plata que saqué en galardón, mi alegría no fué completa. ¡Oh, bajos sentimientos de la competición y de la envidia!

¿Por qué me molesta la cháchara inútil pero natural de mis hermanas en los claustros? ¿Soy yo acaso mejor que ellas o me ha llamado el Señor para mayores obras? ¡Sólo la soberbia puede darme fuerzas para creerlo así! ¡Yo, la más indigna de tus criaturas, me avergüenzo de mis flaquezas, Señor!

¿Por qué me indigno si la Priora frunce el ceño al verme tan ocupada entre instrumentos y libros? ¿No es ella mejor que yo al dedicar toda su vida a nuestra Señora? ¿Quién soy yo para creerme elegida entre las mujeres? ¿De qué sirven para la salvación estos papelitos con rimas a que soy tan aficionada? ¿No fuera mejor confesar mis culpas y dedicarme a la oración?

Me confieso mala religiosa, indigna de nuestra madre Paula. He pasado con el oído atento a los ruidos del mundo, a las pequeñas causas, a los humanos hechos. Me han preocupado más

de lo justo las opiniones de los hombres. He sufrido por estar demasiado lejos de Nuestro Señor. Me envanezco de mi fama que dicen que corre por el mundo.

Y las calumnias me han mortificado. Por el contrario, yo sé que son lanzas que penetran en nosotros las puntas de las alabanzas y a veces he descuidado de ponerme escudo para detenerlas. Estas son de Dios, y si nosotros las aceptamos somos ladrones de su honra, usurpadores de los talentos que nos entregó y de los dones que nos prestó y de que hemos de dar estrechísima cuenta.

He sido egoísta en guardar dentro de mí tanta clase de conocimientos. El placer que siento al contemplar la noche coronada de estrellas debería compartirlo con las demás hermanas; la íntima satisfacción que me inunda al leer unas páginas de Gracián o las delicias de *La Vida es Sueño* no está bien que sea beneficio de un solo ser, debería distribuirlo entre la comunidad.

Pero hago propósito de enmendarme; de ser generosa con la demás gente y de olvidarme de mí misma. Así como a través del estudio de muchas ciencias llegué al supremo de la teología, de igual manera quiero a través de mí misma llegar hasta mis hermanas y hermanos que es el camino más seguro para llegar a Dios.

Así pensaba la solitaria monja después del viaje de sus amigos predilectos. Se había operado un cambio radical en ella y se despertaba dentro de su soledad la voz del misticismo. Como un árbol milagroso crecía su fe entre los arbustos y las malezas de los deseos mundanos; Sor Juana Inés iba valientemente al encuentro de su destino, que esta vez le preparaba la corona de espinas de los mártires.

Continuaba zahiriéndola la envidia y desvirtuando sus acciones la ignorancia. Alguna vez ella se queja en tono herido y resignado como cuando pregunta al mundo el porqué de sus persecuciones:

En perseguirme, mundo, ¿qué interesas?
¿En qué te ofendo, cuando sólo intento
poner bellezas en mi entendimiento
y no mi entendimiento en las bellezas?
Yo no estimo tesoros ni riquezas,
y así, siempre me causa más contento
poner riquezas en mi entendimiento

que no mi entendimiento en las riquezas.
Y no estimo hermosura, que vencida
en despojo civil de las edades;
ni riqueza me agrada fementida;
teniendo por mejor en mis verdades
consumir vanidades de la vida
que consumir la vida en vanidades.

El padre Antonio Núñez, llamado en su tiempo "Enciclopedia de los Jesuitas", era el confesor de la Madre Juana Inés. Este venerable padre se dejó llevar también por su celo cristiano a tal punto que le parecían mal los éxitos mundanos de la monja. Varias veces le insinuó la necesidad de abandonar para siempre las preocupaciones por las letras profanas, pero como la monja, a pesar de sus deseos, de vez en cuando aparecía con una nueva obra, el padre Núñez llegó al extremo de retirarle su asistencia espiritual.

Si hasta este noble Padre se volvía contra ella razón tendría para tomar tal determinación. En cambio ¡ay! ese mismo año salía su primer libro *Inundación Castálida*, publicado en España. ¡Elogios y censuras! La pobre monja se acongoja más y más en tan íntimo conflicto.

El poeta Amado Nervo comenta de este modo las angustias de Sor Juana:

"Ni se enrostra con los verdugos ni protesta. Se queja simplemente, cantando. No hay manera de que un harpa o un laúd, heridos, se quejen de otra suerte que con música, ni forma de que un ruiseñor a quien sacan los ojos se lamente de otro modo que con gorjeos."

XX

Era Obispo de Puebla el padre Manuel Fernández de Santa Cruz, hombre muy recto y admirador profundo de Sor Juana Inés. Este obispo trató de cerca a la monja y jamás fué a la capital de la Nueva España sin visitarla. Había leído todos los poemas de la religiosa de San Jerónimo y se hacía lenguas de su talento y erudición.

Leía una vez don Manuel la obra del famoso predicador portugués Antonio Vieira, pasmo de los ingenios de su tiempo, y se detuvo a considerar las ideas expuestas por el jesuíta en su *Sermão do Mandato*, pronunciado en 1650 en la Capilla Real de Lisboa. ¿Era posible que tal ingenio expresara lo que veía ante sus ojos? Su primer impulso fué tomar la pluma y rebatir teorías que a él le parecían absurdas, pero tanto por su alta categoría eclesiástica como porque no se sentía muy seguro en la cuestión, pensó que la madre Juana Inés de la Cruz era la persona indicada para hacerlo.

Hizo pues un viaje especial a la ciudad de México para ver a Sor Juana. La monja le recibió con su acostumbrada amabilidad. La conversación se inició de una manera casual y con las tradicionales cortesías:

O.—Después de aquellos hermosos villancicos cantados en la Catedral de Puebla, ardía en deseos de visitaros, Madre, para expresaros mi admiración.

S. J.—Me hacéis un gran honor, Padre mío. Esas cosillas mías no son dignas de vuestros sabios oídos.

O.—¿Habéis escrito mucho estos últimos tiempos?

S. J.—Por encargo de mi señora la Condesa de Paredes compuse en auto que llamé *Del Divino Narciso*. También hice una comedia con la ayuda de mi primo don Juan de Guevara.

O.—Ya he oído celebrar por ahí, Sor Juana Inés, las bellezas de vuestro *Divino Narciso*.

S. J.—Su Ilustrísima me da mucha alegría; gran honra es para una pobre mujer como yo sentirse aplaudida de esta manera.

O.—¿Sin duda, Madre, habréis leído todos los sermones del padre Antonio de Vieira?

S. J.—Todo me lo tengo leído y tanto le admiro que si Dios me diese a escoger talento no elegiría otro sino el suyo.

O.—¿Os acordáis por acaso, Madre, de uno titulado *Sermón del Mandato*?

S. J.—Tan bien me acuerdo de él, Padre mío, que casi me lo sé todo de memoria. Hay en él cosas bellísimas de forma, y una admirable corrección de lenguaje.

O.—Según lo que decís, os place más la forma que la doctrina del sermón.

S. J.—Asegura nuestro Padre Vieira cosas que yo no puedo aceptar. Al referirse, por ejemplo, a las finezas de Cristo, no está de acuerdo con nuestros San Agustín, Santo Tomás y San Juan Crisóstomo.

O.—Algo de eso he notado y por esta razón deseaba consultaros, Madre. Por favor, continuad, que me deleitan vuestras palabras.

S. J.—Afirma San Agustín que la mayor fineza de Cristo fué morir por amor a los hombres; Santo Tomás, que la mayor fineza de Cristo fué quedar con nosotros en el Sacramento cuando se ausentaba de nosotros; San Juan Crisóstomo, que su mayor fineza fué lavar los pies a los discípulos. Tomemos estas proposiciones una por una. De la primera dice el padre Vieira: el morir Cristo era dejar la vida, que amaba menos, y el ausentarse, era dejar a los hombres, que amaba más; luego ausentarse era mayor fineza que morir. De la segunda, arguye: la mayor fineza aquí es: ocultarse Cristo en el mismo Sacramento, porque ahí, aunque presente corporalmente, no tiene uso ni ejercicio de los sentidos; estar ausente y no ver, es padecer ausencia en la ausencia, pero no ver estando presente es padecer ausencia en la presencia. De la tercera, argumenta: la mayor fineza en este caso fué lavar los pies de Judas, porque lavándolos a los once discípulos fieles pagaba amor con amor, que es lo que se llama correspondencia, pero lavándolos también a Judas, le pagaba el odio con amor que es precisamente en lo que consiste la fineza: el amor fino es aquel que no procura causa ni recompensa; ama porque ama y ama por amar.

O.—¿Y vos no estáis de acuerdo con estos juicios, Madre?

S. J.—Con el respeto y la admiración que tengo a tan digno Padre, paréceme que todo el sermón adolece de cierta flaqueza en sus argumentos, porque ¿cómo negar, que la muerte sea mayor dolor que la ausencia, cuando la ausencia es sólo ausencia y la muerte es muerte y ausencia al mismo tiempo? A nuestro Padre Santo Tomás que afirma que sacramentarse fué la mayor fineza arguye que no fué tal sino quedar sin uso de los sentidos en el Sacramento ¿qué modo de argumentar es este? El santo propone en género, Vieira responde en especie; luego no vale el argumento. Cuando en la tercera proposición dice Vieira que no fué el

lavar los pies la mayor fineza sino la causa que llevó a Cristo a lavarlos ¡otra tenemos igual a la anterior! Aquélla de especie a género; ésta de efecto a causa. Válgame Dios, ¿pudo creer el divino Crisóstomo que Cristo obró tal cosa sin causa y muy grande? Dice Vieira que Cristo no quiso la correspondencia de su amor para sí, sino para los hombres, y ésta es su mayor fineza: amar sin retribución. Pero no. Cristo quiso la retribución y ésta es la fineza. Dios manda amar al prójimo; cuando, por amor de alguien, se hace alguna cosa a favor de otro, más se aprecia a aquél en cuya atención se obra que aquél a quien se favorece. El no querer correspondencia será fineza en un amor humano, porque será desinterés, pero en el amor de Cristo no la sería porque él no tiene interés alguno en nuestra retribución. El amor humano encuentra en la correspondencia algo que le faltaba, mas a Cristo nada le falta, aunque no le correspondamos. Así la fineza está en el solicitar nuestra retribución sin tener necesidad de ella. Lo que pasa es que Vieira no distinguió entre retribución y utilidad de retribución.

O.—¿Podéis darme un ejemplo concreto de lo que decís, Madre?

S. J.—Ved el siguiente caso, Padre: Cristo preguntó a Pedro: Pedro, ¿me amas? —Sí, contestó Pedro. —Entonces, apacienta mis ovejas. Pero podía haberle preguntado: —Pedro ¿amas mis ovejas? Pues, apacientalas. —Pero no dijo eso y sí: —¿Me amas? Pues, guarda mis ovejas. Luego quiso el amor para sí y la utilidad para los hombres.

O.—Y para vos, Madre, ¿cuál es la mayor fineza de Nuestro Señor?

S. J.—Para mí, Padre, la mayor fineza de Cristo es esta: los beneficios que deja de hacernos a causa de nuestra ingratitud. Dios es la infinita bondad y tiene infinito amor a los hombres. Luego, está siempre dispuesto a hacerles infinitos beneficios. Pero Dios es todopoderoso y puede hacer a los hombres todos los beneficios sin que eso le cueste trabajo; por lo tanto, cuando Dios hace bien a los hombres no hace sino seguir la corriente natural de su propia bondad y de su propio poder. Luego, cuando Dios no hace beneficios a los hombres, porque éstos los convertirían en su propio daño, reprime los caudales de su inmensa liberalidad,

detiene el mar de su infinito amor, estanca el curso de su absoluto poder. Luego, más cuesta a Dios no nos hacer beneficios que hacérnoslos, y por lo tanto, más fineza es suspenderlos que ejecutarlos. Porque es beneficio no hacer beneficios cuando hemos de usar mal de ellos.

O.—Mucho me habéis enseñado, Madre, y estoy encantado con vuestras observaciones. ¿No me haréis el gran favor de ponerlas por escrito para guardarlas y leerlas de vez en cuando?

S. J.—Con gusto lo haré, Padre mío, ya que vuestros deseos son órdenes para mí.

O.—Y ahora, os ruego me perdonéis, Madre Juana Inés, pues tengo que partir esta misma tarde para la Puebla de los Angeles.

* * *

Y Sor Juana Inés puso por escrito la charla que hemos narrado, y la mandó al Obispo de Puebla. Al fin de ella le decía: Si este papel está errado, rásguelo que así se remediará el error de haberlo escrito. Lo sujeto todo a la corrección de nuestra Santa Madre Iglesia y doy por nulo y no dicho todo lo que se aleje del común sentir de la Iglesia y de los Santos Padres.

Sor Juana Inés rogaba al Obispo que conservara su carta como cosa confidencial pero el Obispo no respetó su súplica y la hizo imprimir con este título: *Carta Athenagórica*. Este documento se conoce también con el nombre de *Crisis sobre un sermón*.

Ahora bien, Antonio de Vieira era el ídolo de los jesuitas, el famoso predicador del siglo, otro Fénix de los ingenios y monstruo de la naturaleza. En su *Sermón del Mandato* había exclamado Vieira: “que nadie le adelantaría”, soberbia de la cual Sor Juana se burlaba diciendo: “habló más su nación (Portugal) que su profesión ni su entendimiento”.

La carta iba acompañada de unas advertencias, consejos y crítica del Obispo de Puebla, que en vez de usar su propio nombre firmaba Sor Philotea de la Cruz. A vueltas de elogios y dulzuras el buen Obispo, olvidando acaso su conversación con la monja, se muestra muy severo con ella y la exhorta a que cultive la religión y se deje de tener tratos con las musas profanas. También

la prevenía contra el pecado de vanidad. No era mal psicólogo el señor Obispo. Sor Juana en efecto perdía a veces un tiempo precioso haciendo versos de encargo y cosas fáciles, como saludos de cumpleaños, felicitaciones, etc. Sus lecturas no siempre eran de lo mejor. Por eso le decía el señor Manuel Fernández de Santa Cruz: "No repruebo la elección de estos autores, pero digo a v. md. lo que aconsejaba Jerson —préstese v. md., no se venda, ni se deje robar de estos estudios. Esclavas son las letras humanas y suelen aprovechar a las divinas, pero deben reprobarse cuando roban la posesión del entendimiento humano a la Sabiduría divina, haciendo señoras las que se destinaron a la servidumbre."

Grande fué el revuelo causado por la *Carta* de Sor Juana, y por la crítica adjunta del Obispo quien, en resumen, la aconsejaba abandonar las letras humanas y dedicarse sólo a las divinas. Los jesuitas se indignaron de que una pobre monja mexicana tuviera la osadía de criticar al gran padre Antonio de Vieira. ¿Quién era ella para juzgar al predicador más famoso del mundo latino? ¡No era posible tolerar tal impertinencia! A la suave crítica del Obispo de Puebla se unía la franca condenación del padre Antonio Núñez de Miranda quien, como hemos visto, había quitado todo auxilio espiritual a Sor Juana.

Se acercaba pues el momento de la prueba; la pobre monja, abandonada, amonestada, y hasta amenazada por el Santo Tribunal de la Inquisición, no podía resistir más y pronto la veremos haciendo un examen general de conciencia para terminar en una definitiva renuncia de todo interés mundano.

XXI

Lo que el padre Núñez no pudo con su prohibición lo logró el Obispo de Puebla con su afecto. Su crítica, por lo que llevaba de cariño, penetró profundamente en el corazón de Sor Juana. Sufrió mucho la monja con los dulces reproches de ese santo varón que ella tanto estimaba. Su alma rebelde al mandato incomprensivo se humedecía en suaves mieles cuando sentía detrás del reproche la simpatía de otra alma. Porque ¿cómo dejar de ver la emoción del amigo en estas palabras tan íntimas del Obispo?

Esto desea a v. md. quien, desde que la besó, muchos años ha, la mano, vive enamorado de su alma, sin que se haya entibiado este amor por la distancia ni el tiempo.

Enamorado del alma pura de la religiosa estaba el Obispo; enamorado de su inteligencia única y de su maravillosa vida, y por eso deseaba que se dedicara, con esa extraordinaria fuerza que poseía, exclusivamente al culto del amor divino donde su propia alma, confundida con la de Sor Juana en Dios formarían una sola esencia.

¿Cómo resistir al llamado del amor? Más que un mandato era un ruego y la monja veía detrás de las palabras una pena honda en la voz del amigo.

Pero mayor era la pena que sentía ella, pena e íntimo despecho que ella quería acallar, porque aunque el Obispo sentía cierto desdén por sus versos profanos, la instaba a escribir sobre temas divinos. Ya lo importante no era que el Obispo hubiera publicado la *Carta* sino que él, su admirador de tantos años, su maestro y compañero, la censurara de ese modo.

Sor Juana caviló semanas enteras. Leía y releía las advertencias del amigo y a veces aceptaba los juicios y otras se rebelaba contra ellos. Por fin cayó enferma y pasó largos días en el lecho pensando en lo que debía decir para explicar su vida entera y su afición a la literatura y a las ciencias. Iban a verla las hermanas; unas le llevaban chocolate y golosinas; otras flores y algún regalito que había llegado ese día. Sor Juana las recibía con su dulce sonrisa pero apenas contestaba sus preguntas. Parecía abstraída en un mundo lejano donde los demás mortales no podían entrar.

Un día fué a verla la Priora y al verla tan decaída le dijo:

—Hija mía, menester es que deje su tristeza y dé gracias a Dios por los infinitos dones que le ha dado.

—No es tristeza, Madre, lo que siento —dijo la monja— sino que me estoy despidiendo poco a poco de una existencia para penetrar en otra donde sólo hay luz y beatitud.

La Priora, creyendo que Sor Juana estaba pensando en la muerte, no supo qué decir y se salió de la celda con lágrimas en los ojos.

* * *

Pero Sor Juana no quería morir, al contrario su vitalidad era tal que en esas semanas estuvo pensando la respuesta que iba a dar al Obispo de Puebla y al mundo. En estos días se fué desnudando de pequeños rencores y de mundanos afectos. Hizo más, volvió a admirar y a querer al Obispo y a todos sus críticos. Después de tres meses, el primero de marzo de 1691, mandó a su amigo la famosa *Respuesta a Sor Philotea*.

Esta *Respuesta* constituye la más hermosa confesión de una existencia. La actitud de Sor Juana es de una perfecta humildad y de un cariño tal que nada hace recordar en ella su rencor. Parece que no fuera ella misma quien hablara sino otra persona que la estuviera analizando y describiendo. Toda su vida está en esta carta, desde sus días de niñez en Panoayan, cuando aprendió a leer, hasta sus últimos sufrimientos. Se pone Sor Juana al amparo del Obispo como a la sombra de un árbol protector y le dice que el no haber escrito sobre cosas sagradas nunca fué falta de afición sino un gran respeto por lo que ella no era capaz de discernir.

A veces la monja llega en su ingenuidad y en su deseo de sincerarse a razones como ésta: dice que no había leído el *Cantar de los cantares* porque aun a los varones doctos se prohibía el leerlos hasta que pasaban de treinta años porque de la dulzura de aquellos epitalamios no tomase razón la imprudente juventud de mudar el sentido en carnales afectos.

Respeto tan grande sentía por las cosas divinas que al ir alguna vez a comentarlas la pluma se le saltaba de los dedos; en cambio, las letras profanas eran para ella un juego sin responsabilidad, un ejercicio inocente del ingenio y la agudeza. Su mente estaba tranquila en estas actividades pues ¿qué mal podía haber en escribir inocentes sonetos, romances o villancicos? Sólo algún necio se reiría de ellos y algún crítico los censuraría y esto ella lo podía soportar hasta con una sonrisa en los labios.

Confiesa su desmedido afán por el saber que sintió desde su más tierna infancia y cómo éste se convirtió en una necesidad absoluta con el correr de los años. Entonces y después nada ni nadie habría bastado a que dejara de seguir ese natural impulso.

Pero todo su deseo de saber estaba encaminado a un punto: la comprensión total del Creador, y del mundo, y su camino la llevaría desde el estudio de todas las ciencias al de la filosofía y finalmente, como coronación de todo conocimiento, al de la Teología.

Su visión natural del mundo no la permitía, como a Santa Teresa, llegar a una unión con su Dios en forma repentina. Ella se iría elevando a través de sus estudios, iría comprendiendo mejor todo lo creado, iría organizando sus conocimientos y agregando su intuición para llegar por fin a la suprema prueba, a la última morada, la penetración en la Divinidad. Por eso leía tantos libros, por eso usaba sus instrumentos físicos y matemáticos y se desvelaba noches enteras en la meditación. ¡Que no se la juzgara con dureza por esa labor de poesía, de amor y de religiosidad! ¡Que no se la criticara por ser mujer y dedicarse al estudio ya que tantas mujeres habían brillado en el mundo antes que ella!

Se defiende en la carta de todas las murmuraciones y habladurías de que era blanco; muestra su corazón sangrando, porque ya la injusticia se había ensañado en ella. ¿De qué persecuciones fué víctima? ¿Quién fué el malvado que llegó a llamarla "bárbara"? ¿Quién el censor que quiso acusarla de herética ante el Tribunal del Santo Oficio? Los jesuitas que adoraban al padre Vieira deben de haberse sentido heridos en la persona de su gran predicador. ¡Y qué bien se defiende Sor Juana, a pesar de su dolor, cuando dice: ¡Si la Carta es herética, pues que la delate! Ella en la pureza de su conciencia no temía ni a la terrible Inquisición.

Voces bajas habían manchado el cristal de su alma; a su altura de nevada cumbre habían llegado las piedras y los lodos, y por eso ella, llena de tristeza, abría todo su corazón al buen amigo que la criticaba tan amorosamente. Lo que decía el Obispo, que era la voz de la Iglesia, ella lo acataba, pero su ardiente temperamento de mujer no transigía con las actitudes hipócritas ni con las palabras vulgares de los demás. Por eso, al defenderse, al confesarse públicamente en esta *Carta*, todavía tenía fuerzas para zaherir a los hombres de baja inclinación.

A esos hombres que la atacaron con sátiras y con anónimos dice que no le extraña ser el blanco de su envidia pues toda excelcitud fué combatida por vientos, rayos y pedradas. Al Obispo,

por el contrario, se muestra constricta, y le ruega que la guíe pues anda un poco perdida entre las olas de la incomprensión y de la ofensa. Su alma implora, suplica: Si me hubiere equivocado, si mal hubiese obrado, dispuesta estoy a renunciar a todo, y a rectificar desde las bases de mi vida. ¡Oh! pobre mujer herida. Quiere, como una niña, seguir el camino seguro y por un momento piensa que ha ido descarriada; pero está dispuesta a volver sobre sus pasos, a rehacer su vida. ¿Qué manos torpes trataron de romper el armonioso crecimiento de esa planta? ¿Quién enturbió esas claras fuentes? Ella no lo dice, ella escuda a los necios y a los malvados, con su nobleza y su silencio.

¿Qué se me reprocha? —preguntaba. ¿Que no soy santa? Me esforzaré dentro de mi flaqueza en serlo. Decidme qué debo hacer; que lo único que importa es la meta final, la suprema, la que se vincula en Dios mismo, en su admirable Perfección.

El mundo no quería guiarla, ayudarla, ni ensalzarla. El mundo quería abatirla, humillarla, para vengarse así de la humillación de no haberla comprendido. Ella estaba dispuesta a todos los sacrificios para llegar a la meta final. ¿Que no habían comprendido su deseo de llegar hasta Dios a través de sus criaturas? ¿Que le criticaban hacer el bien a los pobres, a los oprimidos, a los sentenciados? Pues entonces, trataría de hacerse santa dentro de su flaqueza, trataría de ir a Dios por los caminos de la oración, de la penitencia, del martirio, si fuera necesario. ¿Comprendería el digno Obispo todo el sacrificio de la monja? No lo sabemos, pues su carta nunca tuvo contestación.

Después de esta plena confesión: Silencio. ¿A quién recurrir en sus tribulaciones? ¿A su confesor, el padre Núñez? No, que él había sido el crítico más riguroso de su *Crisis de un sermón*. ¿Al arzobispo, don Francisco de Aguiar y Seijas? No, que éste había prestado oídos a la indignación del Padre confesor, y por otra parte Sor Juana le sabía hostil a su causa. ¿A don Juan de Guevara, su colaborador y pariente? No, que su mala salud, le tenía ya cerca de la tumba. ¿A don Carlos de Sigüenza y Góngora? No, que éste andaba un poco alejado de San Jerónimo desde el día en que ella celebró el ensayo del padre Kino sobre el cometa. Pensó escribir a su amigo el exvirrey Paredes y en eso andaba cuando recibió la noticia de su muerte en España.

La persecución llegaba a su punto culminante y Sor Juana ya no podía más. Su salud decaía cotidianamente. Su fuerte espíritu, su alma ardiente empezaba a vacilar. Fué inútil que en 1693 apareciera el segundo tomo de su obra; ya la monja había perdido todo interés por los triunfos mundanos; era un alma afligida y sangrante que buscaba quietud y consuelo a cualquier precio; un corazón de mujer atribulado en la noche del mundo.

Vientos negros soplaban por las tierras de México. Los piratas seguían azotando las costas del país; grandes lluvias destruían las cosechas y enormes cantidades de mendigos pululaban por las calles. La miseria y la muerte aparecían por todas partes. Ese año de 1691 una gran inundación hizo que las aguas del lago de Texcoco crecieran a tal punto que la ciudad de México estuvo en inminente peligro. Las campanas repicaban lúgubremente y a pesar del frío las Iglesias se llenaban de fieles. A las lluvias siguió una larga sequía, se volvieron a perder nuevas cosechas y escaseó el maíz. Hubo revueltas provocadas por el hambre; asaltos a los depósitos de granos; muertes causadas por la miseria y la violencia. Faltaban las subsistencias necesarias y el populacho culpó al Virrey de todas estas calamidades. Por fin un día una multitud enorme de indios llevando en alto el cadáver de una muchacha muerta en un mercado se encaminó a la Plaza Mayor a protestar ante el virrey. Como el virrey estuviera ausente los indios empezaron a disparar piedras contra las ventanas del Palacio; se cerraron las grandes puertas de éste pero tres soldados que no alcanzaron a entrar fueron despedazados por la muchedumbre. Los negros y los mulatos gritaban: "Muera el virrey y cuantos le defendieren." Y los indios decían: "Mueran los españoles y gachupines que nos comen nuestro maíz." Más de diez mil indios sitiaron toda la tarde el Palacio en medio de la mayor confusión. No contenta con esto la multitud decidió ponerle fuego al Palacio por los cuatro costados y pronto el hermoso edificio se convirtió en una enorme luminaria.

Uno de los testigos oculares de este motín de indios fué don Carlos de Sigüenza y Góngora, quien entre otros detalles del suceso nos da los siguientes, que no dejan de tener su aspecto humorístico:

“No se oía otra cosa en toda la plaza sino ¡Viva el Santísimo Sacramento! ¡Viva la Virgen del Rosario! ¡Viva el Rey! ¡Vivan los Santiagueños! ¡Viva el pulque! ¡Muera el Virrey! ¡Muera la virreina! ¡Muera el Corregidor! ¡Mueran los españoles! ¡Muera el mal gobierno!”.

“Y esto no tan desnudamente como aquí lo escribo, sino con el aditamento de tales desvergüenzas, tales apodos, tales maldiciones contra aquellos príncipes, cuales jamás me parece pronunciaron hasta esta ocasión racionales hombres.”

El virrey volvió por la noche a su Palacio y lo encontró en ruinas y tuvo que alojarse en otra parte. Al otro día empezó la persecución de los indios y muchos de ellos fueron ahorcados en los mismos árboles de la plaza, aumentando así el bochornoso espectáculo.

Aquella noche de domingo mientras doblaban las campanas Sor Juana Inés rogaba por su patria, por la virreina y por su amigo don Carlos que, según la dijeron, había expuesto su vida por salvar los documentos del archivo. Hasta ella llegaban las noticias de violencia, destrucción y muerte y la pobre monja apuraba el cáliz hasta las heces. Al otro día, cuando supo que centenares de cadáveres de indios afeaban las calles también levantó al cielo una súplica por sus almas.

Poco después la peste hizo estragos en la ciudad y por todas partes se oían lamentos y rogativas, pues la gente pensaba que todo era un castigo de Dios por la maldad de los hombres. El populacho en su inconsciencia había llegado a lanzar piedras a las imágenes de Cristo y de la Virgen. Había que hacer penitencia e implorar el perdón de Dios por tan atroces actos. La madre Juana Inés oraba día y noche, a pesar de su mala salud, y en el fondo de su conciencia purísima se hundía la espina del remordimiento. ¿No castigaría el Señor entre otras faltas la suya propia? ¿No habría pecado ella de soberbia? ¿No quería Dios demostrarle la flaqueza de las cosas humanas? ¿No le estaría señalando con signos tan claros el alto camino de su salvación? Sor Juana daba gracias al cielo por haberle abierto al fin los ojos del espíritu.

Su sufrimiento dió paso a una dulce nostalgia por el tiempo perdido en mundanos trabajos. Sufría ahora por lo que dejó

de hacer en provecho de su Dios, no por el mal que los hombres le hicieron a ella como mujer. Ahora estaba lista para cortar todos los lazos que la unían a los hombres y al mundo y para entrar de lleno a una vida de plegarias y contemplación. Fué a esta vida mística por propia decisión, afinada por el dolor para efectuar tal acto. Había muerto en ella la mujer admirable que luchaba por la justicia y el derecho humano; la feminista combatiente y combatida; la erudita nacida a destiempo; la autora de sonetos de amor, y aparecía un ser nuevo, por lo menos un nuevo aspecto de su ardentía. Aparecía ahora la Santa.

La divina gracia de Dios entró en ella como un río de mieles. Al mirarse el alma Sor Juana halló que las mercedes divinas eran demasiada recompensa por su devoción religiosa. Nos dice el padre Calleja que la primer diligencia que hizo para declararse la guerra y conquistarse del todo a sí misma sin dejar enemigos a sus espaldas, fué una confesión general de toda su vida pasada, valiéndose de su memoria felicísima. En esta confesión general gastó algunos días; terminada ésta presentó al Tribunal Divino en forma de petición causídica una súplica y dos Protestas que escribió con su propia sangre.

La sinceridad con que pide perdón a Dios es conmovedora:

"Yo la peor del mundo.

Soy la peor que ha habido.

Juana Inés de la Cruz, la más indigna e ingrata criatura
de cuantas crió vuestra Omnipotencia, y la más desconocida
de cuantas creó vuestro Amor."

Desde ese día —habla Eguíara y Eguren— abrazó Sor Juana un modo de vida austerísimo, mortificándose con penitencias y cilicios; entregándose continuamente a las meditaciones sagradas, al más frecuente uso de los sacramentos y a otros muchos ejercicios piadosos, en los que tenía un gozo extraordinario, y cultivando de tal suerte todas las virtudes, que nada fuera de esto la interesaba, de suerte que evitaba las alabanzas de las gentes y aun las muestras de estimación de sus compañeras, a las que por lo mismo ocultaba sus penitencias y piadosos ejercicios. En verdad, tanto era su celo en mortificar la carne, que su confesor, el padre Antonio, decía que Juana no necesitaba espuela sino freno.

Y que convenía que se contuviera en tales propósitos y moderara sus deseos a este respecto, pues progresaba de tal manera en la vía de la perfección cristiana, que más que correr parecía volar.

Parece que el padre Núñez estaba arrepentido de su severidad con la monja pues la aconsejaba que no mortificara tanto la carne y que moderara su entusiasmo en el sacrificio. Pero ya era inútil. Sor Juana vivía en comunión divina y el dolor carnal era para ella una tibia purificación; su alma volaba por regiones de luz y de misterio donde no la podían seguir las miradas de los hombres.

Ya en esta zona de perfección espiritual todo interés mundano era un estorbo, y mientras más apetecido ese interés, más contrario a la vida mística; por este motivo Sor Juana se deshizo de sus libros, de esos mudos compañeros de treinta años que tantas veces habían sido su único consuelo; los envió al señor Francisco de Aguiar y Seijas, para que los vendiera y regalara el dinero a los pobres. También ordenó que se vendieran todos sus instrumentos científicos y musicales, y los muchos regalos que había recibido, y las joyas que nunca adornaron sus aristocráticas manos. Se deshizo de todo ese bagaje con alegría, porque su venta iba a aliviar la existencia de un pobre, porque su ausencia cortaba los últimos hilos que unían a la monja a los motivos terrenales. En vez de libros e instrumentos lo que anhelaba la monja ahora eran cilicios y disciplinas, y en éstos fué tan generosa como había sido con aquéllos antes.

Así vivió Sor Juana cerca de dos años siendo la admiración de sus hermanas y de toda la sociedad. A fines de 1694 el padre Antonio Núñez hizo su última visita a la monja en San Jerónimo. Fué una entrevista de hondo significado. El padre y la monja estaban ya en vísperas del viaje que no tiene regreso. El padre Antonio entró en el locutorio con la cabeza baja y besó los dedos de la Madre. Sor Juana le miraba con sus grandes ojos llenos de tibieza y de amor. Después de unos momentos, comenzó así el virtuoso Padre:

—Querida Madre, los muchos y despiadados rigores con que os tratáis, me llenan de cuidado. Yo que desde vuestra primera juventud he tratado de guiaros por los altos caminos estoy

contentísimo de vuestras últimas voluntades, pero quiero rogaros que templéis el rigor en vuestras penitencias.

—Pero, sapientísimo Padre, yo no hago sino cumplir con vuestros deseos y así castigo la carne para aliviar el alma. La felicidad que siento al elevarme a nuestro Señor me hace olvidar que tengo este cuerpo mortal.

—Bien está, Madre Juana Inés, ese ardor, pero no sea que haya entrado la vanidad en el huerto de vuestra virtud. Vuestras hermanas observan mucho, Madre, y ya hablan de vos como si fuerais una santa.

—He hecho lo posible, Padre, por no parecer espiritual. He continuado alegre como antes en presencia de ellas y he seguido con las charlas acostumbradas. ¿Por qué me juzgan santa, entonces?

—El exceso en la penitencia puede ser indiscreción. Si os mortificáis mucho, perderéis la salud y quedaréis inhabilitada para la perfección que buscáis. Vais a la virtud con una rapidez que me da miedo.

—Pero, Padre mío, si lo paso en esta ferviente intimidad con Dios ¿qué miedo puedo tener a la muerte, que para mí es sólo el principio de la eternidad?

—Hacedlo, entonces, por los que os queremos bien y sufrimos con vuestros sufrimientos. Algunas hermanas lloran al veros en tal estado de debilidad y agotamiento físico. Nuestro Padre, el venerable Obispo de Puebla me ha rogado os hable, os pida más prudencia en ese celo por la penitencia y las flagelaciones.

—Haré lo que vos decís, Padre. Me abstendré del uso de cilicios pero ved bien que el alivio que me daís me deja muy triste y abatida, pues me parece que todo lo que ofrezco a mi Dios es muy poca cosa comparado con las mercedes que de él tengo recibidas.

—¡Mucho bien, me hacéis, Madre, y alabo a Dios que os ha dado un entendimiento tan profundo, y no obstante con tal sabiduría y docilidad de juicio!

Tres meses después de esta visita murió el padre Antonio Núñez, dejando completamente sola a Sor Juana Inés de la Cruz. Sola en su fe y ardiendo en la llama pura de su místico amor. Con la noticia de su muerte la monja recordó por última vez el

esplendor de la vida cortesana cuando la Marquesa de Mancera era su amiga predilecta; pensó también en las primeras reconven- ciones del buen padre y cómo ella se había sentido herida en su amor propio. ¡Qué lejos estaban esos días en que ella defendía sus derechos de mujer y de autora! ¡Ahora sabía ella el ínfimo valor de todo esfuerzo humano; la insignificancia de todo acto que no sea dirigido a la perfección espiritual. Razón de más había tenido el bondadoso padre para censurarla! ¡Razón aún para negarle por un tiempo su ayuda espiritual!

En 1695 azotó a la ciudad de México una epidemia de peste. El convento de San Jerónimo no pudo escapar del flagelo. Tan terrible era la epidemia que de diez monjas que enfermaban con- valecía una. Sor Juana dejó el silencio de su celda y bajó a cuidar a sus hermanas. Día y noche se afanaba alrededor de los lechos sin quejarse de cansancio y sin demostrar el menor temor al con- tagio. La Priora a cada rato le decía:

—Madre Juana Inés, no se acerque tanto a los dolientes que lo heroico no está reñido con la prudencia.

—¡Ay, Madre! —exclamaba la monja— hay que aliviar el dolor de mis pobrecitas hermanas y prepararlas para recibir la suprema gracia. Y corría por todas partes, preparando las inútiles medicinas, llevando pociones, refrescando los labios abrasados de las enfermas, ayudando a morir a sus compañeras.

Por fin, no pudo más su débil cuerpo, y ella también fué víctima de la pestilencia. Estuvo varios días en cama sin quejar- se, repasando las cuentas de su rosario, murmurando oraciones. La última noche tuvo un sueño: Cantaban los jilgueros allá por Amecameca, al pie de los volcanes. El cielo estaba de un azul purí- simo y ella, niña de tres años, corría por la huerta de la casa paterna. De repente, alejándose de su hermanita y de su madre, se encontró en un prado lleno de verdura, entre arroyos y fuen- tes. Una mariposa iba volando delante de ella y siempre se ale- jaba de sus manos; en la persecución se sintió elevada en el aire por encima de los árboles y de los montes. Así, en vuelo alto, pasó mucho tiempo; los orioles huyeron a sus nidos y la maripo- sa se perdió tras de una nube. Llegaba la noche y ella tuvo mie- do; entonces apareció un alado grupo de ángeles que se disputaban

el privilegio de llevarla en las alas; de entre ellos, coronada de estrellas, surgió la Virgen, quien la besó en la frente y la fué a dejar, dormida, en su lecho. ¡La Virgen tenía el rostro de la Condesa de Paredes!

Despertó de su sueño a las cuatro de la mañana. Empezaba el día del 17 de abril de 1695. Afuera de su dormitorio empezaba ya un ruido de alas y de trinos. Sor Juana se quedó con los ojos fijos en la ventana por donde había salido la Santísima Virgen . . . , se quedó con los ojos fijos, eternamente.

Así pasó por el mundo Juana de Asbaje y Ramírez de Cantillana, conocida en los anales de la Iglesia con el nombre de Sor Juana Inés de la Cruz.

ARTURO TORRES-RIOSECO